

MONTORO

III. Introducción geográfica

El término municipal de Montoro, aunque a caballo entre Sierra Morena y el Valle del Guadalquivir, superficialmente se extiende preferentemente sobre el espacio serrano, con una pequeña incursión -a modo de diente de tiburón- al sur del gran río de Andalucía. Es, por tanto, desde el punto de vista comarcal, uno de los calificados como "*municipios mixtos Sierra-Valle*", si bien, desde el punto de vista de la reciente organización de los municipios en mancomunidades, Montoro es una de las poblaciones más significativas de la autodenominada -de forma creo que poco afortunada- como "*Mancomunidad de Municipios Alto Guadalquivir*".

Partiendo del contexto regional más amplio que nos ubica en el borde meridional de la Meseta -con todo lo que ello implica-, desde la óptica geológica nos encontramos en el extremo suroriental del sinclinal carbonífero del Guadiato, banda de materiales plegados por la orogenia herciniana, desarrollados en dirección Noroeste-sureste, frecuentemente peniplanizados, que limitan en el norte con los granitos de Los Pedroches -Cardena- y con el propio río Guadalquivir en el sur. Sobre este amplio espacio la litología nos muestra pizarras y grauwakas carboníferas en la zona septentrional del término, contrastando claramente con las areniscas triásicas, de color rojizo, que se localizan, en la falda misma de la sierra, al sur de la zona anterior y al norte del Guadalquivir. Finalmenté, en el apéndice del término ubicado al sur del Guadalquivir hacen su aparición los materiales más recientes

-cuaternarios- vinculados a los arrastres fluviales y los prototípicos materiales miocenos al adentrarnos en el espacio campiñés.

Desde el punto de vista de la morfología, circunstancias de partida -tras la consabida orogenia herciniana que plegó los materiales carboníferos- fueron la peniplanización sufrida por el viejo zócalo meseteño, las repercusiones del plegamiento Alpino (reactivación de fracturas hercínicas en dirección Este-Oeste) y los movimientos isostáticos de reajuste presentes en esta zona concreta de la corteza terrestre. La vieja penillanura, al tiempo que se deforma por la flexión que conduce desde la Meseta a la prefosa Alpina hundida (Valle del Guadalquivir), ve rota su planitud; a las fallas internas provocadas por el propio paroxismo, deben añadirse el funcionamiento de la erosión diferencial, creadora de un relieve de tipo apalachiense contrastado en el que alternan los crestones de los materiales más duros con los valles labrados sobre los más deleznales. En este escenario tendrá lugar, por otra parte, un basculamiento isostático del bloque que, al elevarse, arrastrará consigo las areniscas triásicas e, incluso, manchas locales de materiales arcillosos del Mioceno. Este proceso explica la presencia del Triásico -que constituye, no se olvide, el soporte sobre el que se depositaron todo el complejo de materiales secundarios y terciarios- en una amplia franja serrana ubicada en altitudes de relativa consideración. Al otro lado del río, tras la llanura constituida por la terraza de abrasión conformada por el río, el relieve



Perspectiva desde el Guadalquivir. (M.P.)

pando y alomado de la Campiña de Córdoba se hace también presente en el término municipal de Montoro.

El eje hidrográfico de dicho término lo constituye el Guadalquivir en su tramo medio, el cual, empujado por los aportes sólidos de los grandes afluentes campiñeses, se adosa a Sierra Morena discurriendo, en el caso de Montoro, por un lecho en el que el carbonífero, una vez desmantelada por el río la cobertera miocena y triásica, se deja ver sin dificultad en los momentos de estiaje. El trazado fluvial contiguo a Sierra Morena, la ya mencionada elevación del bloque y la erosión de las propias aguas serían los factores explicativos del espléndido y amplio meandro encajado por el que, precisamente en el contacto con el borde meridional de la sierra, el Guadalquivir rodea y abraza el montículo que ofrece su solar para la ubicación del casco urbano. Como tributarios de esta arteria principal conviene destacar también el complejo de ríos y arroyos que, con dirección norte-sur, descienden desde la divisoria misma de aguas con la cuenca del Guadiana para desembocar en el Guadalquivir: Yeguas -límite provincial con Jaén-, arroyos de Corcomé, Martín Gonzalo, Arenoso-Arenosillo, etc...

Precisamente en los cauces de estos ríos transversales a la sierra se ubicarán un conjunto de embalses que intentan dar solución a los problemas derivados de una climatología que, en el contexto general de un clima mediterráneo con tendencia a la continentalidad, conlleva un importante déficit pluviométrico, agravado por la rápida evacuación consecuente a las fuertes pendientes. En estas condiciones, circunstancias favorables a la construcción de estos embalses han sido la compartimentación tectónica del relieve, la impermeabilidad del sustrato rocoso, la facilidad para cerrar el cauce en este relieve apalachense y el factor altimétrico que favorece el desalojo de las aguas por simple gravedad.

La significación de este marco físico que sintéticamente presentamos queda patente en la protección legal que se le otorga en reconocimiento de su variedad y riqueza ambiental. Uno de los sectores del llamado Parque Natural Cárdena-Montoro, concretamente el que ocupa su zona sur y el valle del río Yeguas, se ubica precisamente en esta porción del término de Montoro, constituyendo otra forma de patrimonio, en este caso el patrimonio natural.

En lo relativo al contingente humano que habitó y habita este territorio, unas leves pinceladas encaminadas, más que a un estudio de

geografía de la población, a mostrar la posible influencia del crecimiento o decrecimiento demográfico sobre el casco urbano y en la actividad constructora de los elementos arquitectónicos que lo componen. En este sentido, desde los 4.300 habitantes del siglo XVI, el crecimiento es ya ostensible en el XVIII y realmente espectacular en el XIX (14.000 hab. en 1840) y a comienzos del XX (18.000 almas en los años 20). Desde aquí los efectos de la emigración se dejan sentir, situándose en las últimas décadas del siglo XX en cifras entre los 9.000 y 10.000 hab., situación en que permanecía en el año 2000, cuando se computaban en Montoro un total de 9.457 hab.

Otros aspectos que, en buena lógica, deberían integrar cualquier introducción geográfica -como la geografía económica- parece que pudiera ser obviada en el contexto de un Catálogo Histórico-Artístico, si bien conviene dejar constancia de la importancia de una actividad agraria de vocación olivarera -desarrollada merced a los suelos formados a expensas de las ya mencionadas areniscas triásicas-, que será precisamente el escenario en el que nacerá una creación arquitectónica singular -las "molinas" o "caserías" montoreñas-, cuyo análisis específico se realizará en otro lugar.

En síntesis, a los efectos de la influencia que la geografía pudiera tener sobre los elementos que, en conjunto, serán estudiados y recogidos en este Catálogo, parece necesario destacar, en primer lugar, la evolución geológica y la consecuente caracterización litológica, pues no en vano la personalidad genuina de la población de Montoro se basa en buena parte en el uso de la llamada "piedra molinaza" (areniscas triásicas compactadas) como material constructivo. En este sentido, igualmente debe ser destacada la importancia de los basculamientos o levantamientos isostáticos siguiendo la línea marcada por el Guadalquivir, en cuanto que en ello está el origen de circunstancias tan excepcionales como pudieran ser el meandro encajado, el emplazamiento urbano mismo, así como, igualmente, algunos de los rasgos que definirán el urbanismo de Montoro: doble carácter de ciudad fortaleza y de ciudad puente, trazado callejero consecuente, etc.

Algunos datos geográficos de interés:

- Coordinadas geográficas del núcleo de población:

Longitud 4° 22' Oeste.

Latitud: 38° 02' Norte.

- Altitud del núcleo de población: 195 m.

- Superficie del término municipal: 580 km²

- Densidad de población: 18,13 hab./ km²